

Estado y Nación hacia el final de los imperios ibéricos. Río de la Plata y Brasil, 1808- 1828.
João Paulo Pimenta.

Buenos Aires, Argentina, Editorial Sudamericana, 2011, 409 páginas
ISBN: 9789500735339

RESEÑA

Felipe del Solar

Pontificia Universidad
Católica de Chile,
Santiago, Chile
Universidad Paris
Diderot- Paris 7,
París, Francia

fdelsola@uc.cl

DOI

10.3232/RHI.2012.
V5.N1.07

João Paulo Pimenta nos entrega un estudio sobre el proceso de creación del Estado y la Nación durante la crisis de los imperios ibéricos. A pesar de la amplia cobertura que ha tenido el tema en los últimos años, su trabajo es novedoso y constituye un aporte sustancial al estudio del periodo. La selección de su escala de observación, el espacio de intersección entre el Río de la Plata y el Imperio del Brasil, ya es un indicador de la originalidad de su trabajo, el cual busca superar efectivamente las historias nacionales (y nacionalistas) a favor de un espacio regional más amplio, que a su vez se integre al proceso general de crisis del Antiguo Régimen. En ese sentido, constituye un acierto la inclusión de Brasil, ya que con ello da cuenta del proceso de descomposición de los imperios ibéricos y de las estrategias regionales que se desplegaron para afrontarla.

El imperio luso-brasileño por su parte, si bien no había estado del todo ausente en la historiografía americanista, no contaba, hasta ahora, con un trabajo que lo incluyera dentro de un proceso regional interconectado, superando con ello la historia compartimentada y comparativa, donde siempre persiste la unidad nacional como objeto de análisis.

El eje central del libro es la construcción del territorio como “idea y una realidad que organiza y le confiere sentido al Estado y la Nación” (p. 17), y del proceso de conflictos entre unidades regionales en constante modificación, que buscan ganar la hegemonía y, por lo tanto, constituirse en naciones sobre la base de un territorio soberano.

En términos metodológicos, su propuesta se acerca a diversas perspectivas que van desde el giro lingüístico hasta la historia atlántica. Para ello, utiliza la prensa como fuente primaria, la cual es reforzada por un amplio y actualizado corpus bibliográfico.

El libro está dividido en dos partes: la primera, denominada “desconstrucción”, analiza el “mito de los orígenes” en la historiografía y los debates suscitados en torno a éste. En la segunda parte, titulada “reconstrucción”,

da cuenta del proceso efectivo de construcción nacional y de los conflictos que provoca la reconfiguración de los antiguos dominios ibéricos. En lo relativo a la construcción historiográfica, Pimenta da cuenta de cómo el relato de los “orígenes” de la nación, constituía por sí mismo un elemento para su construcción, buscando en el pasado el fundamento de existencia moderna. Tal como lo presenta el autor, los proyectos políticos que aparecieron con la crisis del Antiguo Régimen, intentaron establecer una nueva soberanía, dentro de un espacio donde confluían diversas alternativas regionales en pugna.

El “mito de los orígenes”, presente en toda la región, se sustenta sobre la base de la existencia “natural” de un territorio, en una suerte de continuidad colonial, que por sí misma otorga, o debería hacerlo, el consenso político necesario para la unidad de los diferentes “pueblos”. La nación, en ese sentido, sería la concreción de un proceso que ya se venía gestando en la época colonial, lo que implica, según el autor, un anacronismo, al equiparar la territorialidad virreinal con la del Estado Nación (p. 38).

Pimenta rescata el aporte de la historiografía crítica, la cual puso en evidencia la preponderancia de localismos, principalmente provinciales, y la existencia de un proyecto de unificación que se fue gestando, con avances y retrocesos, durante la primera mitad del siglo XIX. En ese aspecto, quizás, hubiese sido interesante además de “deconstruir” la historiografía liberal clásica, incluir a las corrientes “hispanistas”, ya que estas igualmente se presentaron como una alternativa crítica al liberalismo –a pesar de su cuestionable valor científico-; esto habría permitido establecer un punto adicional de contraste con la historiografía crítica que, simultáneamente, desmitifica a liberales e conservadores.

Lo cierto es que la relación entre Estado, nación y territorio fue variando durante el Antiguo Régimen como en el proceso de independencia. La dimensión conflictual que introduce el autor, resulta especialmente esclarecedora para comprender un proceso cuyo resultado no fue necesariamente el esperado en sus inicios.

En la segunda parte, Pimenta da cuenta de las fases de “reconstrucción” territorial en la costa atlántica del Cono Sur, luego de la crisis imperial. Comienza estableciendo la ruptura entre las ideas ilustradas y el proceso revolucionario, las cuales si bien estaban relacionadas, no explican por sí solas el cambio político. Ejemplo de ello es la prensa, que si bien existía durante la monarquía no guarda ninguna relación con el periodismo surgido “con y para la revolución”.

El vacío de poder generó un proceso de recomposición interno en Iberoamérica, donde diversas opciones políticas competían por ganar la hegemonía. Este carácter regional permite comprender, por ejemplo, las pretensiones de Carlota Joaquina en el Río de la Plata o los intereses de Buenos Aires en la Banda Oriental.

Existía efectivamente un combate entre diversas soberanías, en un proceso marcado por la instauración de juntas, seguido por la guerra y la constitución de regímenes autónomos que se fueron sucediendo durante todo el proceso revolucionario. Todo este proceso, si bien incorpora la experiencia pasada, no se produjo de manera lineal. El espacio regional se

reconfiguró constantemente, construyendo y desarticulando territorialidades en base a alianzas y a la imposición de los centros hegemónicos igualmente cambiantes. En este proceso de síntesis territorial, la guerra fue determinando la unión de las partes y brindándole una fisonomía política al territorio.

Brasil, a pesar de que con el traslado de la corte demostró la posibilidad de establecer en América una base de poder, impulsó la defensa de la monarquía, como un medio de mantener la unidad de los imperios ibéricos. En ese sentido, la amenaza de la desintegración de la monarquía, era vista como un problema para la seguridad de toda la región. João Pimenta da cuenta de cómo la construcción de esa unidad, defendida por dos proyectos excluyentes, uno monárquico en Brasil y otro autonomista en Buenos Aires, constituye el eje articulador de las construcciones nacionales.

En términos generales, la delimitación de dos grandes unidades, favorecía la diferenciación y, por ende, la cohesión de cada una de ellas. Sin embargo, al interior de dichos proyectos coexistían localismos que dificultaban la concreción de dicha unidad. Ahí recae la influencia de la prensa como vehículo de persuasión de la opinión pública, que intentaba legitimar conceptos como “patria” y “nación” al otorgarle validez a una u otra interpretación que, para la época, eran utilizadas como sinónimo de monarquía o de gobierno autónomo.

La definición de un territorio se convirtió en el elemento decisivo de ambos proyectos, donde confluían soberanías en pugna entre dos regímenes políticos adversos. La estrategia de construcción de esta territorialidad utilizó elementos discursivos, apelando a espacios de jurisdicción “natural” o “históricos”. Sin embargo, la guerra constituyó el mecanismo decisivo para el establecimiento definitivo del territorio.

En la frontera de ambos proyectos hegemónicos se encontraba un tercer actor, la provincia “Oriental” o “Cisplatina”, que terminaría definiendo los espacios de soberanía de un modo muy distinto al imaginado. De este modo, la guerra de 1825 demostró que la ruptura con la metrópoli era definitiva, y favoreció la asociación entre Estado, nación y territorio, en virtud de la amenaza que significaba el enemigo externo. El territorio fue concebido como la base de la existencia del Estado Nación, el cual se fue construyendo a través de identidades americanas, regionales y locales.

A pesar de que la unidad política era tan anhelada en el Río de la Plata, esta no logró concretarse en igual medida que en Brasil. Sin embargo, tal como lo plantea el autor, los esfuerzos por definir cuerpos políticos, sus respectivos territorios y formas de gobierno, le dieron al cambio el carácter de irreversible, asegurando con ello, el proceso de construcción nacional.

João Pimenta entrega un trabajo consistente al recuperar perspectivas generales de análisis e incorporarlas a variables locales, poniendo de manifiesto sus particularidades y, por ende, su riqueza. Si fuese necesario hacerle algunas observaciones al libro, las que francamente corresponden a cuestiones de gusto, considero que el trabajo se habría visto aún más enriquecido al establecer una tercera escala de observación de carácter “micro”, de tal manera de contrastar

el análisis sistémico de las estructuras políticas en pugna, con las estrategias de sus actores, hombres de carne y hueso.

En términos de edición, que desde luego no son responsabilidad del autor, la decisión de introducir las notas al pie de página al final del libro, que probablemente tenía por finalidad favorecer la lectura, la dificulta, al obligar al lector a estar constantemente revisando las últimas páginas para consultar el aparato crítico. En este sentido, no se comprende la utilización de las fuentes primarias en el texto entre paréntesis, que efectivamente obstaculizan la lectura, en un contexto en el que el pie de página habría salvado, con creces, ambos problemas.